

La Corona: Revolución

Karina Hernández

La Corona



Revolución

Alma Karina Hernández Suárez

Capítulo 1

"Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella."

Haruki Murakami.

Capítulo 1

Ejecución

En la Explanada de los Fundadores no había ningún alma. Luego del anuncio que hizo Alejandro Burgos sobre la ejecución del senador Martín Frarraga, la gente de la ciudad decidió no dejar sus casas aquel domingo. Esperaban que los rebeldes no los hicieran salir de sus hogares, para presenciar el espectáculo como con el rey Felipe VI. Afortunadamente no fueron requeridos.

Aun después de que Frarraga fuera nombrado por Burgos como Presidente de la Cámara de los Comunes, y con ello se convirtiera en el tercero al cargo con los rebeldes, existían personas en el país que seguían confiando en él, puesto que no podían creer que todo lo que este había profesado en favor de los ciudadanos, fuera una simple actuación.

Poco antes del anuncio de la ejecución, se corrió el rumor de que el profesor secretamente ayudaba a la gente, contradiciendo todo lo que representaba el nuevo régimen. Las personas se acercaban al catedrático para pedirle protección, a lo que este inmediatamente les ofrecía lo que necesitaban. Por eso cuando el monarca ilegítimo sacó el decreto notificando la sentencia de muerte del senador, todos confirmaron la veracidad de aquel rumor y ahora rezaban por él. Otro grande hombre sería ejecutado, dejando un gran vacío en la ciudad. Tuvieron más miedo que antes, ahora ya no existía en la metrópoli alguien que les pudiera ayudar, estaban completamente solos.

Antes de que Martín se dirigiera al Palacio de Baldovinos para ser apresado, llamó a Miguel Contreras y a Rose para darles indicaciones. Frarraga no les dijo nada sobre su presentimiento, pero les había ordenado que juntaran a toda la gente a la que él se había comprometido

a brindarles protección, y las llevaran al Cuartel General.

Fue hasta unas horas atrás de que este grupo de personas partiera de la ciudad, cuando se enteraron de la sentencia de muerte que recaía sobre el senador. Este acontecimiento obligó a Miguel y a Rose a adelantar los planes y se fugaron de la capital, no sin salir sin complicaciones. Ahora ya estaban refugiados en el Cuartel General, esperando tristemente la noticia de la muerte de Frarraga.

Aunque el capitán Machado y Adrián Romero querían rescatarlo de su fatal destino, no podían, pues todavía no estaban listos para entrar en la ciudad. Esmeralda se había refugiado en su habitación desde que volvió de despedirse de su mejor amigo. Rose lloraba todo el tiempo y Anne se había encerrado también en su cuarto. Christopher y Alfonso llegaron muchas veces hasta la puerta de la joven reina para apoyarla, sin embargo ambos en el último momento se habían arrepentido y regresaban entre sus pasos. Sabían que quizás era mejor que la chica pasara sola su duelo.

Mientras más se acercaba la hora pactada para la muerte del senador, la ciudad quedaba desértica. Ninguno de los ciudadanos quería ser testigo de aquella tragedia.

A las seis y media de la tarde el prisionero fue sacado de su celda. Esposado en las manos y tobillos, lo hicieron caminar hasta el lugar en dónde se llevaría a cabo su ejecución. El exsenador iba escoltado por un par de guardias rebeldes. Al emprender su camino al paredón jamás se opuso, al contrario, caminó con decisión hacia su muerte.

Durante su trayecto, pudo ver a través de las ventanas a la gente del pueblo asomándose para darle la despedida. Respiró profundamente tratando de calmarse. Sus ojos querían llorar, pero no por miedo, sino por agradecimiento a las personas que lo veían por sus ventanas para hacerle saber, sin decir ni una sola palabra, que moriría como un héroe.

Esto lo supo al verlos a través del cristal, con una rosa blanca sostenida con la mano derecha sobre el corazón. Según las tradiciones de Pritige, cuando un héroe moría, se les honraba de esa manera.

Al llegar el catedrático a la Explanada de los Fundadores, vio el mismo escenario que se montó para el homicidio de Felipe VI. Agradeció que no hubiera nadie del pueblo como testigo, solamente se encontraban unos cuantos rebeldes. Arriba del escenario ya esperaban Alejandro Burgos y Manuel Manzano.

Nuevamente ese día estaba nublado, en el cielo no se podía ver otra cosa más que el color gris oscuro de las nubes, presagiando la tormenta que estaba por venir. Frarraga pensó que aquel día era uno muy triste para

morir. Siempre había amado los días lluviosos hasta que su exesposa Cecilia, falleció uno como ese. Fue hasta que conoció a Anne cuando volvió a sentir el encanto de los días con lluvia, siempre y cuando tuviera en sus brazos a su amada.

En cuanto el senador avanzaba hacia las escaleras del escenario, comenzó a caer gotas de lluvia. Burgos miró al cielo molesto, lo único que quería era acabar con eso lo más pronto posible, antes de que la lluvia cayera sobre él. Odiaba mojarse de esa manera. Martín sonrió para él mismo, no le importaba morir bajo una lluvia torrencial, de hecho le recordó a uno de los mejores momentos de su vida. Su primer beso con Anne había sido bajo la lluvia, convirtiendo ese instante como el más mágico y romántico de su historia.

Uno de sus escoltas lo empujó hacia las escaleras, el profesor renegó un poco, no había motivo para que hubiera hecho eso el guardia. Subió con dificultad los peldaños y se detuvo en medio del escenario mirando fijamente a Burgos, quien no dijo nada. Manzano lo tomó del hombro por detrás y lo posicionó de frente al Edificio de Maltas. Martín observó el majestuoso edificio que alguna vez fue su segundo hogar. Manuel lo aventó al suelo para que cayera de rodillas.

La lluvia incrementó, Martín alzó la cabeza para sentir el agua sobre su rostro. Mientras miraba al cielo llover, su mente le trajo el recuerdo de Anne. Le pareció maravilloso dedicarle su último pensamiento al amor de su vida. Sonrió, cumplió con la promesa que le había hecho a Felipe VI, desgraciadamente no estaría para verla coronarse reina.

Tenía la plena confianza de que los monárquicos ganarían la revolución. Suspiró hondo, Adrián se encargaría de la otra parte de la promesa, pues innegablemente este era el indicado para guiarla y asesorarla en su reinado. Cerró los ojos, no tenía miedo de morir, estaba listo para hacerlo. Ya había cumplido con su papel en esa obra, Anne se encontraba a salvo y tenía todos los recursos para la guerra.

Recordó el primer momento en que sus miradas se cruzaron, en el primer día de clase hace algunos años. Creyó firmemente que morir en lugar de la persona a la que se amaba, era la mejor forma de hacerlo. Sonrió, su mente se llenó de todos los hermosos instantes que compartió con ella.

- Te amo – dijo en un murmullo.

Sabía que su amada no estaba ahí para escucharlo, pero esperaba que el viento le llevara aquellas palabras hasta dónde se encontrara. Aun con los ojos cerrados alzó la cabeza. Sintió en su nuca el frío peso de la pistola. Suspiró hondo. Burgos apretó el gatillo. Las aves salieron espantadas por el disparo. El cuerpo inerte que, algún día le perteneció al senador

Frarraga, cayó al suelo.

Anne se encontraba afuera del Cuartel General. Había subido a una colina en la que podía ver de lejos la ciudad. La joven reina ascendió a ese lugar esperando sucediera un milagro que le devolviera a sus brazos al amor de su vida. Un fuerte viento llegó hasta su rostro y revolvió su cabello que lo traía suelto. Empezaba a llover en el bosque. Sintió las primeras gotas de la tormenta que se desató en la ciudad, y que en cuestión de minutos caería en el sitio en dónde estaba.

Cerró los ojos y de ellos salieron lágrimas. El viento había sido benevolente con los amantes, llevándole las últimas palabras de Martín.

- Yo también te amo – contestó.

Tragó saliva, sabía que estaba por venir. El ruido de un disparo le hizo sobresaltarse, sin embargo no abrió los ojos. Comenzó a llorar aún con los ojos cerrados. Entendió qué significaba eso. El senador Martín Frarraga, renombrado abogado, senador y profesor de la Universidad de Pritige, acababa de cumplir con la promesa que le había hecho a su padre, el rey Felipe VI. Había muerto para salvar la vida de ella.

Capítulo 2

Capítulo 2

Homenaje a un héroe

A las once de la noche la lluvia había cedido un poco, aunque el cielo seguía con un color negro profundo. De repente de sus casas fueron saliendo cada uno de la gente del pueblo vestidos de negro, cargando en la mano izquierda una vela encendida y en la derecha la rosa blanca.

En silencio se dirigieron hacia la Explanada de los Fundadores. Los rebeldes que cuidaban las calles no sabían qué hacer, pidieron indicaciones a sus superiores, pero nadie les respondió. Alejandro Burgos fue avisado inmediatamente de lo que sucedía. Él junto con Manuel Manzano, veían a través de las cámaras de vigilancia de la ciudad la procesión funeraria. Observaban estupefactos la escena, por primera vez Burgos no supo cómo actuar.

La gente llegó a la explanada, unos voluntarios recogieron el cuerpo del exsenador, que se encontraba todavía tirado en el suelo luego de su asesinato. Lo acomodaron en la entrada del Edificio de Maltas, cubriéndolo con una manta blanca, alrededor del cadáver colocaron unas velas encendidas.

Cuando toda la gente del pueblo estuvo ante el cuerpo de aquel héroe, guardaron silencio. Nadie hizo ni el menor ruido. De sus rostros resbalaban lágrimas por el hombre que había caído ante el régimen rebelde.

Después de unos veinte minutos en silencio y de pie ante el cuerpo de Farraga, de entre la multitud alguien alzó la vela, puso la rosa blanca junto a su corazón y comenzó a cantar con la voz más alta que pudo.

Cuando llegue el momento de partir

Guíame con la luz eterna hasta mi último hogar

En dónde ya no tenga que sufrir

En dónde plenamente pueda amar.

Entonces todo el pueblo presente imitó a aquella persona. Levantaron hacia el cielo la vela y con la rosa en el corazón cantaron al héroe caído, iluminando su camino hacia un mejor lugar.

Querida muerte, ponme en tu rezago

Y dame el descanso que tanto necesito

Hazme saber que Dios está conmigo

Y que valió mi vida cada minuto.

No permitas que mi recuerdo se desvanezca

Déjame grabado en el corazón de los que más amo

Sintiendo mi alma hasta que amanezca

Reconfortándolos que en el lugar en dónde estoy ya no temo.

El encargado de seguridad del Cuartel General informó de inmediato al capitán Machado de lo que estaba sucediendo en la ciudad, y este a su vez le hizo del conocimiento a la reina.

Anne corrió hacia la colina en la que se podía observar a lo lejos la ciudad. El viento en compañía de los árboles del bosque trajo hacia ella las voces de las personas cantando a su amado.

De sus ojos salieron lágrimas, los ciudadanos de Pritige estaban homenajearlo a Martín como se hace a los héroes. De repente una voz a su espalda comenzó a cantar.

Que el cielo se abra ante mi muerte

Que la lluvia refleje el vacío de mi ausencia

Pero no permitas que las personas a las que dejé

Se atormenten sin mi presencia.

Miró hacia esa persona, ahí estaba Esmeralda llorando, cantándole a su mejor amigo, levantando una vela encendida para guiar su alma al cielo y con una rosa blanca en el corazón. Rose le hizo segunda a la gitana y luego aparecieron Alfonso, el príncipe Christopher y el capitán Machado imitando a las mujeres.

Una persona a su lado le extendió una vela y una rosa, Anne las tomó, miró a Adrián y se unieron al coro de la gente del pueblo.

Confórtales el corazón con una caricia cálida

Mientras me tomas de la mano

Y me diriges hacia la salida

De un mundo en dónde fui amado por completo.

No sólo en la metrópoli le rendían homenaje a Frarraga. En el condado De Guzmán, lugar en el que se ubicaba la casa del fallecido, también los habitantes del condado salían de sus hogares vestidos de negro, con vela y rosa blanca en mano. Se detuvieron enfrente de la morada del exsenador, levantaron la vela y con la rosa posicionada sobre el corazón, empezaron el cántico funerario. No había ningún lugar en el país en dónde no se escuchara aquella canción. La gente salía de sus casas, permaneciendo en la entrada, y mirando al cielo, realizaban el ritual.

Mientras tanto en el Palacio de Baldovinos, Manuel y Alejandro seguían impactados por lo que sucedía. Entonces Burgos lo supo, había cometido un gran error al matar a Martín Frarraga. Gracias a su homicidio le había dado al pueblo un héroe, una razón para tener esperanza, una razón por la que luchar. Habían convertido al exsenador en un mártir.

Capítulo 3

Capítulo 3

Rebelión

Habían pasado cinco días después de la muerte del exsenador Martín Frarraga. Durante esos días se respiró una total calma, debido al luto que guardaba la gente del país. Ni Alejandro Burgos pudo ver lo que sucedería luego.

A la una de la tarde de un miércoles todo parecía tranquilidad. Dos grupos de ciudadanos conformados por alrededor de más de cuarenta personas, se dirigieron al Edificio de Justicia y al Palacio de Baldovinos encapuchados y con el rostro cubierto. Cada uno de los grupos llegó al edificio que le correspondía. Primero fueron los del Edificio de Justicia los que entraron en acción. Caminaron hacia la puerta y dispararon a los guardias de seguridad que sabían perfectamente que pertenecían a los rebeldes.

Estando adentro dispararon hacia el techo para quitar a la gente de su paso. El hombre encargado de ese grupo fue hasta la alarma de incendios y la accionó. Ricardo Moreno conocía muy bien el lugar, había trabajado en aquel edificio muchos años, incluso el mismo Martín Frarraga le había encargado la protección de la reina Anne cuando invadió la sede. Él la había guiado junto con su amigo hasta un pasadizo para sacarlos de ese sitio. En cuanto supo sobre el homicidio del senador juró que su muerte no se quedaría impune, por eso decidió no abandonar la ciudad con Miguel y Rose.

En seguida de accionar la alarma, comenzaron a lanzar gas lacrimógeno y granadas explosivas. Su intención era llegar hasta el despacho del presidente de los magistrados y dispararle a Manuel Manzano, muerto este podrían reclamar el control de esa sede del poder. Desgraciadamente a la mitad del camino fueron rebasados por los guardias rebeldes y apresados.

El grupo que había elegido el Palacio de Baldovinos sabía que no podían invadir dicha sede, por lo que su misión era suicida. Conocían perfectamente que aquella sede del poder era impenetrable. Aun así fueron hasta allá, y a una señal lanzaron gas lacrimógeno, junto con granadas. La finalidad de su ataque fue hacer el más daño posible al edificio para dejar el paso libre a las otras rebeliones.

En ese momento todo fue un caos. Los guardias rebeldes salieron a repeler el ataque. Poco a poco fueron cayendo heridos algunos miembros

de los rebeldes, así como los ciudadanos de la rebelión. Rápidamente los insurgentes fueron sometidos, la mayoría falleció en el contraataque, los pocos que quedaron con vida fueron llevados a las mazmorras.

Luego de más de cinco horas de enfrentamiento, la rebelión fue sometida duramente, y los sobrevivientes de ambos actos fueron encarcelados en las celdas del Palacio de Baldovinos.

Burgos estaba colérico, su afán de querer asesinar a Farraga le ofreció razones al pueblo para sublevarse. Las medidas de seguridad se reforzaron estrictamente. De los dos edificios atacados, el de Justicia era el que más daño tenía. El monarca ilegítimo se puso más furioso cuando se enteró de que la tercera sede no había sido atacada, y entendió que los insurgentes que conformaron la rebelión, no se acercaron al Edificio de Maltas por respeto al exsenador caído.

Alejandro dio órdenes para que los participantes de la revuelta fueran fusilados, pero esta vez sin un espectáculo previo. Los guardias rebeldes bajaron hasta las celdas y ahí mismo, sin pronunciar ni una sola palabra los acribillaron. Los cuerpos de los insurgentes fueron recogidos y tirados como basura cerca del bosque.

Los monárquicos en seguida de enterarse de lo ocurrido en la ciudad, y de la barbarie cometida por los rebeldes al abandonar en el bosque los cadáveres de los insurgentes, armaron un grupo especial para recoger poco a poco los cuerpos de aquellos valientes hombres y mujeres, que se habían levantado en contra del régimen rebelde. Estos grandes héroes fueron sepultados decorosamente en el panteón improvisado que se construyó en el bosque.

Mientras el ejército monárquico con ayuda de varios voluntarios del Cuartel daban digna sepultura a los caídos, Anne veía con sus propios ojos el horror de la naturaleza del hombre, como una persona con hambre de poder podía aniquilar a todo un pueblo con tal de que se cumplieran sus órdenes. Una rabia intensa se apoderó de ella. Entonces lo supo, había llegado el momento de que entraran en acción.

Al capitán Machado le llegaron noticias de posibles nuevas rebeliones en los días posteriores. Y para evitar una nueva masacre, decidieron apagar aquellos levantamientos, corriendo la noticia de que la reina Anne estaba viva, y que los monárquicos se encontraban listos para entrar a la ciudad. El pueblo acató las órdenes del capitán Machado, cancelaron los levantamientos que se realizarían en espera de luz verde por parte de los monárquicos.

Burgos pensó que el sofocamiento de la rebelión había servido de escarmiento al pueblo para que no quisieran volver a hacerlo. Lo que no sabía era que justamente la gente se estaba preparando para unírseles a

los monárquicos cuando entraran a la ciudad.

El retroceso de la rebelión se asemejaba a cuando está a punto de formarse un tsunami. El agua se había recorrido mar adentro debido a un terremoto, pero Burgos jamás pensó que eso traería poco tiempo después una ola de más de veinte metros que destruiría lo que había logrado.

La reina Anne convocó a una reunión urgente. A causa de los acontecimientos pasados en la metrópoli, creyó que había llegado el tiempo de moverse, pues ya estaban listos para la guerra. A pesar de ello sabía perfectamente que antes de ingresar a la ciudad para el enfrentamiento, debían hacer algo importante. Era el momento de entrar en las catacumbas de los fundadores.

Capítulo 4

Capítulo 4

Las catacumbas de los fundadores

El grupo monárquico se dirigió hacia la ciudad. Para adentrarse en la metrópoli tomaron el pasadizo que lleva del bosque a la Catedral de San Lorenzo. Ya estando en ese lugar, solamente los separaba unas cuantas cuadras a la Biblioteca Pública del Estado.

Durante el tiempo en que estuvieron refugiados en la mina, se realizó un entrenamiento voluntario a hombres y mujeres, que quisieron unirse al ejército real para participar en la guerra. En dicho adiestramiento se inscribieron muchísima gente, incluso hasta la misma reina había dado el ejemplo, uniéndose a su equipo militar, ante la sorpresa de todos. La joven reina tenía algo muy claro al alistarse, no quería ser solamente una pieza de ajedrez que tenía que esperar a que le dejaran el paso libre para avanzar, sino que ella misma quería abrirse camino. En los entrenamientos demostró una gran habilidad para las armas de fuego y se convirtió en una gran tiradora.

En otras épocas hubiera sido impensable que una soberana mujer cargara con un arma, pero ahora los tiempos habían cambiado y las necesidades también. El capitán Machado orgullosamente dio el visto bueno para la enseñanza de la jefa superior en el arte de la guerra. Varias veces en las prácticas podía ver en ella muchas cosas que le hacían recordar al rey Felipe VI. Alfonso y Esmeralda también decidieron unirse al entrenamiento, deseaban ayudar lo más que pudieran.

En esta operación de búsqueda del documento antiguo se involucraron a veinte personas. El día indicado para realizarlo llegó y el equipo monárquico recorrió el pasadizo en silencio, listos para lo que estaban a punto de hacer.

Cuando arribaron al final del corredor, el príncipe Christopher fue el encargado de hacer una revisión dentro y fuera de la Catedral. Aguardaron tranquilamente su regreso, luego de veinte minutos este les dio luz verde para su salida.

Gracias a la información de los espías con los que contaban los monárquicos en la ciudad, supieron que las tres sedes de la Trinidad Igualitaria se encontraban fuertemente resguardados. Sonrieron para ellos mismos al enterarse de que, el edificio objetivo de la misión, estaba

totalmente desprotegido.

En grupos pequeños se esparcieron por las calles para no llamar la atención, acordaron antes de separarse que se reunirían dentro de las instalaciones de la Biblioteca Pública del Estado. La operación estaba organizada fríamente, el mayor reto que tenían por delante no era entrar, sino salir de aquel edificio.

En la planificación de la misión, entendieron que necesitaban a un infiltrado que conociera perfectamente el recinto, así que por recomendación de Anne, el capitán Machado hizo contacto con la directora de la biblioteca. Después de que Marcela y Machado tuvieron varias pláticas sobre el asunto, ella aceptó a apoyarlos en su misión. La directora, siguiendo las instrucciones del capitán, dispuso todo para el gran día.

Los veinte monárquicos llegaron sin problemas a la biblioteca, ya en el interior se separaron en dos grupos, diez se quedaron esparcidos por todo el edificio para vigilar, los otros siguieron hasta el despacho de la directora. Marcela los recibió y los llevó hasta la puerta del pasadizo. Una de las cosas que le encargó el capitán a la mujer, fue justamente encontrar la entrada al túnel que se ubicaba en esa sede, y con apoyo del mapa, pudo descubrir el ingreso al mismo.

Entraron a la oficina de la directora, esta movió uno de los libros de los estantes y un librero se recorrió dejando la puerta lista para su acceso. Nuevamente se separaron en dos grupos, cinco se quedarían con la directora y los restantes recorrerían aquel pasadizo en dirección a su destino.

El capitán Machado dio una última orden a su gente, y junto con Anne, Christopher, Esmeralda y Alfonso, emprendió el camino hacia las catacumbas. Cuando ya estaban en el interior, Marcela cerró la puerta y quedaron en penumbras. Con armas y lámparas en mano siguieron el camino marcado por el mismo pasillo.

Por muchas horas siguieron el trayecto que les daba el túnel. No sabían exactamente cuánto tiempo llevaban caminando, curiosamente hasta el momento no habían tenido ningún obstáculo, a pesar de ello estaban alerta, sabían que no podía ser demasiado fácil llegar a su objetivo. De pronto se toparon con pared. Llegaron a un lugar sin salida. Se sorprendieron, porque durante el recorrido no se cruzaron con otros caminos.

Todos se dispusieron a buscar en cada rincón de ese cuarto algún indicio que les hiciera pensar en dónde estaba la puerta, sin embargo no

encontraron nada más que tierra y pedazos de piedras tiradas.

Por unos minutos se detuvieron a pensar. Comprendieron que debía existir una roca en la pared que accionándola pudiera abrir la puerta. Tocaron cada una de ellas y no encontraron nada. Comenzaron a desesperarse, la leyenda no contaba sobre los mecanismos que los representantes de los tres poderes implementaron, para evitar que cualquier persona llegara hasta las catacumbas.

Luego de unos minutos, se sentaron en el piso a descansar para pensar correctamente. El capitán Machado revisaba el mapa a detalle, observó como por décima vez el dorso del papel, que estaba repleto de números y letras que no llevaban ningún orden lógico. Sabía que tal vez aquellos tenían una función en específico, pero a simple vista era imposible entenderlo. Refunfuñó porque eran demasiados números y letras escritos, y para su colmo con diferente caligrafía, provenientes quizás de varios autores.

Esmeralda miró de reojo a su alrededor, hubiera hecho lo que fuera para que Martín estuviera con ellos en ese momento, él siempre había sido bueno para descifrar acertijos. Cuando eran niños su juego favorito consistía en inventar códigos o trampas para el descubrimiento del tesoro.

Suspiró hondo, aún le dolía la muerte de su mejor amigo, todavía no estaba lista para superarlo, no podía pensar en una vida sin él. Entonces al pasar la vista por el mapa que sostenía Machado, reconoció algo que había en el dorso del mapa.

- Capitán, ¿podría prestarme el mapa? – preguntó extrañada la gitana.
- Claro – contestó Machado entregándoselo – Aunque le advierto que ya lo revisé y no encontré nada que nos pueda ayudar.

Esmeralda no escuchó las palabras de Machado, al tomar el papel se había quedado absorta mirando unos números y letras del dorso. Tocó con la yema de los dedos los datos que le llamaron la atención. Entonces lo supo, esa caligrafía pertenecía sin lugar a dudas a Martín, por los tantos años que tenía conociéndolo, podía reconocerla en cualquier parte.

Volteó el mapa, y verificó que esos números y letras estaban plasmados justamente debajo de la figura que le correspondía a la biblioteca en el mapa.

- Este código nos ayudará a salir de aquí – dijo de pronto Esmeralda.

Los demás la miraron confundidos.

- ¿Cómo lo sabes? – preguntó Alfonso con algunas dudas.
- Porque Martín escribió estos números y letras justo debajo de la figura de la biblioteca, y él nunca hacía nada si no es por una razón.

Anne se acercó al mapa y vio la escritura de la que la mujer hablaba. Después de unos segundos observándola, estuvo totalmente de acuerdo con la gitana, esa caligrafía era de su amado. Sonrió, aun de muerto seguía guiándola en su trayecto. Todos observaron la información, que les revelaba lo siguiente: 823.8 CAR 2009.

Los ojos del equipo se dirigieron hacia la pared de enfrente. Christopher se levantó en silencio y fue hasta ella, con los dedos tocó unas letras que estaban grabadas en la misma, la cuales no se podían ver muy bien, pero entendió que las letras correspondían a: CAR. Miró hacia la pared de la derecha y a la de la izquierda, en ellas no se encontraba nada grabado. Solamente pudo apreciar que hacían falta algunos ladrillos, que tal vez se habían caído por la falta de mantenimiento, o quizás eso no era una coincidencia.

De repente el príncipe se aventó al suelo para revisar los ladrillos, los demás no entendían qué estaba haciendo.

- Busquen si en alguno de los ladrillos tiene algo grabado - ordenó Chris.
- ¿Grabado qué? – preguntó Alfonso.
- No lo sé – replicó Chris – Algo. Algún número o letra.

Sin entender todavía siguieron su indicación. Luego de un rato comenzaron a encontrar ladrillos con números escritos. Christopher tenía razón, había ocho ladrillos con un número grabado en ellos. Cuando los tuvieron todos, se pararon junto al joven príncipe, que ahora se encontraba observando la pared de enfrente.

- ¿Y ahora qué? – cuestionó Esmeralda después de unos segundos en silencio total.

Christopher la escuchó, pero no contestó nada, tenía la mirada fija en la pared grabada con las letras.

- ¿Cuál es el código que Martín escribió? – le preguntó a Anne, quien traía el mapa.

823.8 CAR 2009 – contestó de inmediato la joven.

- ¿En los ladrillos hay alguno marcado con el número 8? – quiso saber el chico.
- Este – respondió Alfonso dándoselo.

El príncipe lo revisó y miró hacia la pared de la izquierda. Vio que había justamente cuatro espacios alineados horizontalmente en que faltaban algunos ladrillos. Fue hasta ese lugar, puso en el primer hueco de

izquierda a derecha el ladrillo que le dio Alfonso. Comprobó al colocarlo que encajaba perfectamente.

- ¿Qué número sigue? – dijo Chris en voz alta.
- El dos – comentó Anne.
- Aquí está uno con ese número – dijo Machado dándole el ladrillo correspondiente.

Chris observó ese nuevo ladrillo, el cual tenía una forma distinta al que ya había puesto. Observó cuidadosamente hacia el segundo espacio, que contenía una silueta similar al que tenía en la mano. Dudó por unos segundos y lo colocó en el lugar, nuevamente encajó a la perfección.

Entonces todos comprendieron lo que estaba haciendo Chris, así que le pasaron los ladrillos que contenían los números 3 y 8. Ambos quedaron en los dos lugares restantes. Cuando terminaron con esa pared se dirigieron hacia el muro detrás de ellos. El joven príncipe acomodó los ladrillos con los números 2 – 0 – 0 – 9. Al concluir dicha tarea se quedaron observándolos. Ya estaban todos en orden según el código proporcionado por Martín, a pesar de eso no sucedió nada.

- ¿Ahora qué sigue? – preguntó nervioso Machado.

Se quedaron en silencio sin saber qué más hacer. Anne miró el código, aquel alfanumérico le causaba ruido. Sabía que lo había visto en otro lado. Se acercó al sitio en el que estaba Christopher.

- Los autores son igual de importantes que las historias que cuentan en sus libros – dijo de repente la reina.

Recordó, mientras miraba fijamente las letras grabadas, que aquellas palabras se las había dicho Martín mucho tiempo atrás. Como hipnotizada se acercó al ladrillo que tenía marcadas las letras: CAR. La rozó con los dedos y entonces lo empujó. Segundos después comenzaron a escuchar un mecanismo trabajando y la pared cedió para darles la salida que tanto buscaban.

Se quedaron atónitos unos minutos por lo sucedido.

- ¿Cómo supiste que debías hacer eso? – le cuestionó Esmeralda.
- El código es la referencia de catalogación de un libro de la biblioteca. Esa secuencia de números y letras es el que se usa en todas las bibliotecas para acomodo de los libros. Las letras son las primeras tres del apellido del autor. Les aseguro que si buscamos en el sistema este código corresponde al libro de Historia de Pritige – explicó Anne.

Todos asintieron ante la explicación de ella, y uno a uno atravesaron aquella puerta para continuar con su misión.

Capítulo 5

Capítulo 5

Tres caminos

Los cinco continuaron con el trayecto, no sabían si tenían que librar más obstáculos o acertijos, pero estaban alerta. Con el paso de los minutos se les hizo que se encontraban caminando en círculos, pues no recordaban que la Biblioteca Pública del Estado estuviera tan lejos de la Explanada de los Fundadores. Comprendieron que tal vez el camino no era recto.

Entonces algo los hizo detenerse, frente a ellos observaron tres puertas que les impedía seguir con el trayecto. Se miraron confundidos. Revisaron las entradas minuciosamente y se dieron cuenta de que ninguna de estas tenía algún letrero anunciando a dónde se dirigían. Solamente se percataron de que arriba de cada una estaba grabada una letra. La de la izquierda decía: S. La del medio: J y la de la derecha B.

Pensaron por unos minutos en cuál podría ser el significado de cada una de ellas. Machado miró el mapa, luego lo guardó. Desde que habían entrado en el pasadizo, el mapa había dejado de servirles. Este únicamente marcaba el acceso a los túneles que llevan de las tres sedes del poder y de la Biblioteca, hasta el inicio del camino a las catacumbas de los fundadores.

Alfonso miró fijamente las letras, una idea apareció en su mente. Christopher notó la reacción de este.

- ¿Qué estás pensando? – le preguntó el joven príncipe.
- Hasta este momento todo lo que nos ha guiado ha sido la historia de Pritige. ¿Y si los representantes de las tres sedes la utilizaron para marcar el camino?

A los demás les sonó lógico la observación de Alfonso.

- ¿Y qué nos diría la historia respecto a esto? – preguntó Esmeralda confundida.

Se quedaron unos minutos en silencio meditando la pregunta de la gitana.

- Son tres ingresos – dijo de pronto el capitán - ¿Y si significa los tres caminos que tomó el poder luego de la Guerra del Inicio? Antes sólo recaía el poder en uno. Después de eso apareció en la Constitución, la Trinidad

Igualitaria. Y si se ponen a pensar un poco, los nombres concuerdan con las letras de las puertas.

- La S puede significar Senadores, en referencia a la Cámara de los Comunes – dijo Anne señalando la puerta de la izquierda.

- La J puede ser Justicia – continuó Christopher – La sede de los magistrados.

- La B es Baldovinos – finalizó Esmeralda – Sede de la monarquía.

El capitán asintió positivamente.

- Ahora el problema será tomar la puerta correcta – manifestó Alfonso.

- ¿Creen que las tres puertas lleven hacia algún lugar? – cuestionó Esmeralda pensativa.

- No lo creo – contestó de pronto Machado – Presiento que cada una tiene algo. Una nos llevará hasta dónde queremos ir, otra puede que nos dirija a un sitio sin salida y la tercera nos sacaría a otro pasadizo que nos lleve lejos de aquí. Recuerden que los representantes de los poderes, no lo pondrían fácil para que cualquiera pudiera llegar al documento antiguo.

- Muy bien – dijo Christopher – Entonces regresemos en la historia. ¿Qué nos podría dar una señal para tomar el camino correcto?

- Quizás una pista es que el mismo arquitecto que elaboró la Trinidad Igualitaria, hizo estos túneles y las catacumbas – soltó de golpe Anne.

- Cuando se construyeron los edificios del poder, tuvieron un orden para su elaboración. Primero fue el Palacio de Baldovinos – señaló Machado la puerta de la derecha – Luego el Edificio de Maltas – indicó con el dedo el de la izquierda – El tercero fue el Edificio de Justicia – apuntó la del medio – Y muchos años después la Biblioteca Pública del Estado que es por el cual entramos.

- Tal vez deberíamos intentar por la puerta del Palacio de Baldovinos – dijo Anne – Hasta este instante todo ha tenido una razón. Creo que esa es la indicada.

El capitán se acercó a la puerta de la derecha. Tomó la manija y la giró, pero no se abrió. Revisó la chapa y notó que había una especie de instrumento pegado junto a esta. En el objeto se veían números y letras, había diez cuadrados con esos alfanuméricos, mismos que podían cambiarse mediante unas palancas arriba de ellos.

Mientras Machado revisaba aquel artefacto, Christopher observaba con cuidado las demás puertas. Comprobó que no podían abrirse, ya que contaban con el mismo instrumento de acceso que en la que estaba el capitán.

- Su majestad – dijo pensativo Machado – Hace rato en la otra habitación comentó que el código de acceso correspondía a uno de un libro de la biblioteca, ¿verdad?

- Sí, así es – contestó Anne.

El capitán seguía observando ese artefacto pensando.

- El libro de Historia del Palacio de Baldovinos lo sacó de la biblioteca de la sede de la monarquía – continuó Machado - ¿De casualidad también cuenta con un código de registro?

- Sí, creo que sí – dijo Anne.

Ella metió la mano a la bolsa que traía y sacó el libro al que hacía referencia el capitán. Miró el lomo del texto, vio una etiqueta con la categorización de este.

- Aquí está – dijo la reina acercándose al capitán.

Machado lo vio y uno a uno comenzó a poner aquel código: 364 ROD 2014. Cuando puso el último número, dio un paso hacia atrás, sin embargo no pasó nada.

- Intente empujarlo y girar la manija – aconsejó Anne.

El capitán hizo lo que le dijo la reina. En seguida escucharon que un mecanismo se accionó y la puerta se abrió. Machado y Anne se miraron, asintieron en silencio, se arriesgarían a tomar aquel camino esperando que fuera el correcto.

Los demás los siguieron en silencio.

Capítulo 6

Capítulo 6

La historia a través del arte

Los monárquicos siguieron con su camino, ya habían entendido que no sería fácil llegar hasta su destino. Agradecieron que los representantes de los tres poderes no hubieran puesto pruebas físicas, sino intelectuales.

Luego de caminar varios minutos, entraron a una habitación amplia. Revisaron el lugar, a simple vista no se veía ninguna puerta de salida. Christopher encendió las lámparas de gasolina que se encontraban colocadas en la pared, con la esperanza de que todavía funcionaran, para su sorpresa cada una de ellas encendió sin problemas.

Cuando el cuarto estuvo iluminado por completo, se dieron cuenta de que en las tres paredes que les quedaban de frente, había tres cuadros de pinturas colgadas en cada una de estas, las cuales abarcaban la parte central de los muros. Los cinco se esparcieron para observarlas. Anne se acercó a la que tenía enfrente, puesto que inmediatamente la reconoció, ya que se trataba del mural que embellecía la entrada al Palacio de Baldovinos.

En el cuadro observó la corona y debajo de esta la insignia del rey, que contenía la imagen de un documento con las letras "Decreto" en su interior, cruzado con dos flechas. Volteo para ver las otras pinturas de lejos. En el muro de su izquierda, el lienzo mostraba el mural de la Cámara de Justicia, el de la derecha el mural del Edificio de Maltas.

Si este acertijo seguía el mismo patrón que los anteriores, la pintura del edificio sede de los senadores sería la pista correcta para encontrar la puerta que los llevaría de vuelta al camino. Se acercó a dicho cuadro, vio que debajo había un espacio para escribir algo, tal vez el código. Tocó aquel sitio, el material se sentía raro.

Anne sacó un bolígrafo y el libro de la Historia de la Cámara de los Comunes. Agradeció que hubiera decidido a último minuto llevar los libros consigo, puesto que al principio los había dejado en su habitación en el Cuartel General.

Con el bolígrafo en mano trató de escribir el código del libro: 320.092 CUE 2003, no obstante el material del que estaba hecho el espacio destinado para plasmar el alfanumérico, no permitía que se quedara grabado. La joven reina miró confundida la pluma, pensando que tal vez ya no tuviera

tinta, por lo que pasó la punta en su palma, sin embargo en esa ocasión si funcionó.

Anne hizo una mueca de confusión. Buscó en su bolso algo más para escribir, pero comprobó que solamente contaba con aquel bolígrafo. Pensó en preguntarles a los demás si traían instrumentos de escritura, a pesar de ello se arrepintió en cuanto abrió la boca. Comprendió que la respuesta sería negativa, pues debido a la misión que estaban realizando era lógico que únicamente llevaran entre sus cosas armas y municiones, jamás pensaron que necesitarían lápiz o pluma.

Tocó nuevamente el espacio destinado para escribir el código. Entendió que necesitaba un instrumento especialmente diseñado para eso. Por un momento pensó que hasta ahí acabaría la misión. Refunfuñó en voz baja, no podía creer que habían estado tan cerca de llegar y ahora debido a la falta del objeto necesario, tan lejos de cumplir con su propósito.

Suspiró y cerró los ojos. Metió el libro junto con el bolígrafo en la bolsa, y entonces sintió que algo le pinchó un dedo. La reina hizo un gesto de dolor y sacó el dedo lastimado, lo revisó y observó una marca roja en su dedo anular, un fino y pequeño punto rojo. Sacó el objeto que se lo había provocado y lo miró atentamente.

Escuchó a los demás rondar por la habitación suspirando. El capitán Machado trataba de mover los cuadros para revisar por detrás de las pinturas, pero se dio cuenta de que estas estaban incrustadas por completo en los ladrillos de la pared. Anne guardó el objeto que le había pinchado el dedo. Utilizó un pañuelo para limpiar la sangre, presionó por unos segundos para cortar el sangrado. Miró de nuevo hacia la pintura.

Esa imagen la llevó hasta la casa de su amado. Martín tenía un lienzo igual a ese en su despacho, justo detrás de su escritorio. La joven reina cerró los ojos, trajo hacia su mente la imagen del senador sentado en su silla trabajando con sus lentes puestos, y detrás de él, la pintura.

Permaneció con los ojos cerrados por unos cuantos minutos, le dolía en lo profundo de su corazón saber que jamás volvería a verlo, que nunca podría otra vez abrazarlo, besarlo. Una lágrima escapó de sus ojos y resbaló hasta sus mejillas. Abrió los ojos y se limpió el rostro con el pañuelo. Suspiró lentamente, tenía que dejar de lado los recuerdos dolorosos, en ese instante debía concentrarse en ese nuevo acertijo que tenía que resolver. Volvió a mirar el lugar en el que se había pinchado el dedo.

Nuevamente sacó el curioso instrumento que le provocó la herida. Lo tomó con las dos manos y lo estrechó contra su pecho. Ese bonito objeto había sido un regalo de su novio en su cumpleaños pasado, el cual le había pertenecido al catedrático desde el principio. Aquella inigualable

pieza tenía curiosamente la figura de un bolígrafo antiguo en color dorado.

La primera vez en que Anne lo vio, fue justamente sobre el escritorio del senador, acomodado como una figura más de colección. Desde ese entonces a ella le había encantado esa extraña pluma. Frarraga al percatarse de la atención que su amada siempre le prestaba al instrumento cada vez que lo veía, le había comentado que no era una pluma convencional, puesto que no tenía tinta y por lo tanto no se podía escribir con ella.

Anne observó al senador con curiosidad luego de aquella revelación.

- Entonces, ¿qué es lo que hace? –preguntó divertida la princesa al senador.

Martín le sonrió, fascinado por la gran curiosidad que su amada tenía sobre ciertas cosas. Se acercó a ella despacio hasta quedar a unos cuantos centímetros de su rostro. La miró por unos segundos como cuando estás a punto de contar información confidencial.

- Abre secretos – le respondió en un susurro.

La reina regresó a la realidad que estaba viviendo, y miró de pronto el espacio en el que se tenía que escribir el código.

- Será posible que... – dijo la chica dudosa en voz baja.

Sacó nuevamente el libro para copiar el código, y con aquel bolígrafo falso escribió: 328.092 CUE 2003. Con sorpresa notó que se quedaba grabado lo que iba escribiendo. Al terminar, presionó un botón pequeño que se encontraba a un lado del texto. Otra vez se escuchó que un mecanismo se puso en marcha, la pintura junto con una parte de la pared se movieron hacia adentro, y luego el muro se recorrió en dirección a la derecha, dejándoles a la vista un nuevo camino.

La reina entró en el hueco y los demás detrás de ella. Sentían que ya estaban más cerca de su objetivo.

Capítulo 7

Capítulo 7

Juicio Final

Los corazones de los viajantes latían furiosamente, presentían que ya sólo les quedaba una prueba más, y por fin podrían entrar al sitio destinado para el descanso de los cuerpos de los veintitrés fundadores.

No sabían que encontrarían luego de cruzar la última puerta y eso les ocasionaba miedo. Llegaron hasta una habitación amplia, esta era más grande que la de las pinturas. Alfonso encendió las lámparas de gasolina. Frente a ellos se iluminó una sala de juicio oral, como la que utilizan los jueces en los procedimientos judiciales.

Caminaron por un pasillo justo en el centro de la sala, a los lados había filas de sillas, en seguida un barandal de madera que separaba al público con los verdaderos actores del juicio. Después del barandal se localizaban dos escritorios, uno en cada lado, con dos sillas por mueble, enfrente un majestuoso escritorio reservado para el juez.

Se detuvieron en medio de la habitación para observar mejor el lugar. Definitivamente se trataba sobre el edificio de los magistrados. Buscaron algún punto en el que se debiera escribir el código del libro de Historia de la Cámara de Justicia, pero no encontraron nada.

Anne se sentó en la silla del juez, tocó la madera del escritorio. Suspiró hondo, aquello le traía gratos recuerdos, puesto que el mueble era parecido al que tenía su padre en su despacho en el Palacio de Baldovinos.

Todos se sentaron en un sitio diferente para ver desde otra perspectiva la sala. Christopher se sentó en la silla reservada para el personal de la Fiscalía, Alfonso detrás de él en las sillas destinadas para el público. El capitán Machado estaba a la izquierda de Alfonso justo detrás de Esmeralda, quien a su vez había tomado asiento en la silla del acusado.

La gitana rozó con sus dedos el escritorio que tenía enfrente. Sonrió, le traía grandes recuerdos de su niñez, ya que también era parecido al que tenía su padre, Adrián, en su oficina en Palacio.

Recordó las muchas veces que su padre la sentó sobre aquel escritorio, mientras le contaba sobre sus funciones como secretario particular del rey

Fernando III.

No cabía duda de que la mujer extrañaba esos días en que fue completamente feliz, antes de que su madre muriera por una extraña enfermedad, y que ella se fuera de Palacio para estudiar en la universidad. Luego de su ingreso a la facultad, jamás regresó a Baldovinos.

De niña, la gitana había pensado que su padre guardaba grandes secretos y tesoros en los cajones de su escritorio. Aquel mueble que en ese momento estaba tocando, a diferencia del de sus recuerdos no tenía ningún cajón. Inconscientemente pasó sus dedos por debajo de la lámina y justo en el centro sintió algo, como un botón. Lo apretó, y en el filo del escritorio apareció un objeto similar a un teclado, que podían modificar moviendo una palanca, parecido al instrumento de las puertas de los tres caminos.

- Christopher, Anne – dijo la gitana - ¿En la parte del medio por debajo del escritorio sienten algún botón?

Los hermanos miraron a Esmeralda y luego entre ellos mismos, se encogieron de hombros y con la mano buscaron el botón que les decía la gitana. En cuanto lo sintieron lo presionaron, y apareció el mismo panel para acomodar los números o letras. Anne sacó el libro que necesitaba y vio el código.

- Esmeralda – gritó Anne – Escribe 340.08, yo pondré las letras LOZ y tú Christopher los números 2000.

Cada uno hizo su encomienda, luego de acomodarlos Anne presionó su teclado, sin embargo nada sucedió. Revisaron que hubieran puesto los datos correctamente, y se turnaron para apretar al final su teclado, al ver que seguía sin ocurrir nada, lo hicieron al mismo tiempo, a pesar de ello no se produjo nada.

Los tres integrantes del equipo especial monárquico se miraron confundidos, comprendían que algo estaban haciendo mal. Alfonso los veía a distancia, tampoco entendía por qué el código no había funcionado, sus ojos pasaron de Anne a Esmeralda y luego a Chris. Instintivamente volteó hacia atrás y entendió. El código debía de ponerse desde la perspectiva del principal actor dentro del juicio, el juez, no desde el público como lo estaban haciendo.

- Están mal acomodados los números – señaló Alfonso en voz alta – Se deben de poner de acuerdo con la vista del juez.

Los tres comprendieron lo que había querido decir Alfonso, e inmediatamente Chris puso 340.08, Anne LOZ y Esmeralda 2000. Anne

presionó el teclado y entonces detrás de ella, la pared se removió dejando un hueco para que pudieran pasar.

Los cinco se asomaron a la puerta, vieron que no era un camino directo, sino que había una escalera en forma de caracol que los conducía hacia abajo.

El primero en bajar fue el capitán seguido de Alfonso, Anne, Esmeralda y Christopher. Con arma en mano tomaron con cuidado los peldaños de la escalera, alertas a lo que pudieran encontrar.

Capítulo 8

Capítulo 8

Necrópolis

Los monárquicos terminaron de bajar las escaleras de caracol, y se dieron cuenta de que un pasillo largo los esperaba. Siguieron caminando alertas. Por la oscuridad no se podía distinguir el final del corredor, sabían que ya estaban próximos a llegar a su destino, por lo que esperaban que apareciera otro acertijo, el último. A lo lejos pudieron ver una gran puerta antigua, se detuvieron frente a esta y la observaron, vieron que tenía grabado en oro las insignias de la Trinidad Igualitaria.

Revisaron la puerta, contaba con una simple manija, no más códigos. Debido a su peso y al estado en que se encontraba, Machado y Christopher tuvieron que hacer un gran esfuerzo para abrirla. Cuando por fin la puerta cedió, entraron. En el interior se percataron de que las lámparas de mano eran insuficientes para iluminar la habitación.

Alfonso buscó alguna lámpara de gasolina que pudiera ofrecerles iluminación, pero no encontró nada. El capitán también examinaba el lugar para localizar alguna fuente de luz, todos presentían que ese espacio era mucho más grande que las salas anteriores.

Luego de examinar por un tiempo la primera parte de esa sala, Christopher vio junto a la pared pólvora en un contenedor. La tocó, estaba seca, el contenedor en la que estaba tenía una abertura a la que le seguía una especie de camino. Con un encendedor prendió la pólvora y entonces fue encendiéndose por un largo canal alrededor de aquella habitación, con cada espacio que se iba iluminando por el fuego, el equipo monárquico se sorprendía.

Cuando terminó de alumbrarse por completo, el equipo quedó impactado, pues ese espacio abarcaba las mismas dimensiones que la Explanada de los Fundadores, por lo que era enorme. Frente a ellos en dos secciones se encontraban las tumbas de los veintitrés fundadores.

Junto a las paredes de la habitación, se podían apreciar joyas preciosas, oro y monedas antiguas. Ninguno daba crédito a lo que sus ojos les mostraban, jamás habían creído en aquella leyenda, ahora lo hacían. Caminaron atónitos por un pasillo que se extendía en medio de las dos secciones de tumbas.

Anne se percató que cada una de las criptas tenía grabada en oro el nombre del fundador, mismo que había cedido su nombre a uno de los veintitrés condados que conforman el país. Hombres y mujeres habían sido sepultados como iguales.

El final del corredor estaba obstaculizado por una tumba más, la veintitrés. Anne se acercó a esta y leyó la placa: Alejandro II, el monarca que empezó todo, su primer antecesor. Gracias a él y a veintidós hombres y mujeres se creó el país que tanto amaba.

Se dio cuenta que luego de esa cripta se encontraba una cueva un poco elevada. La reina como si estuviera hipnotizada caminó hasta ahí, subió los escalones, en medio había un pilar de roca con un objeto en la cúspide, que a lo lejos parecía un libro. Se acercó lentamente, se detuvo enfrente del pilar, observó la pieza de la cima. Efectivamente era un especie de libro forjado en oro. Lo tocó, estaba frío, lo abrió. Sus páginas hechas de un pergamino grueso y antiguo le contaban con una caligrafía manuscrita, y en dorado la historia de la fundación.

Anne reconoció que el texto era hermoso, no podía evitar seguir hojeándolo. Llegó hasta el final y vio que en la tapa inferior, se localizaba un papel en forma de sobre. Suspiró hondo, ahí debía estar el documento antiguo que ellos habían creado, que hacía dueño absoluto del país a su portador. Con miedo abrió el sobre, sin embargo no había nada.

La reina confundida lo revisó a detalle, y después de varios minutos confirmó que no estaba tal documento. Miró a su alrededor, no podía estar pasándole eso, habían arriesgado demasiado para llegar hasta ahí, como para regresar con las manos vacías.

Esmeralda vio el rostro de pánico de Anne, y se acercó rápidamente.

- ¿Sucede algo? – le preguntó la gitana.
- No está – contestó con pánico la joven reina.
- ¿Qué no está? – le cuestionó la mujer sin entender.
- No está – repitió la reina en shock – No está.

Los demás se acercaron a ellas, Anne había empezado a hablar en voz alta.

- ¿Anne? – dijo Christopher tomándola del hombro.

Su hermana lo miró decepcionada.

- No está el documento – soltó de golpe la chica.

Los miembros del equipo abrieron mucho los ojos por la sorpresa. Christopher desesperado comenzó a buscar en el libro. Alfonso miraba a

todos lados, esperando verlo en alguna otra parte. Esmeralda bajó la mirada hacia el suelo triste. Machado se quedó pensativo.

El príncipe maldijo luego de varias veces de comprobar que su hermana tenía razón, el documento no se encontraba en el sitio en que debía estar.

- ¿Creen que lo tenga en su poder Burgos? – preguntó con miedo Esmeralda.

- No lo creo – contestó de inmediato Machado – Si ya lo tuviera, no hubiera perdido el tiempo y se hubiera jactado de que lo tenía. Sin embargo hasta el momento nadie ha dicho nada.

- Supongo que la pregunta es otra – comentó Chris - ¿Realmente existió aquel documento?

Todos se quedaron callados, meditaban aquella pregunta, no obstante ninguno supo darle respuesta. Christopher molesto aventó la portada del libro, y un ligero ruido se escuchó a lo lejos, como si un pequeño metal saliera volando del texto y chocara contra el suelo. Nadie lo notó, excepto Anne. Vio a la distancia un brillo dorado, fue hasta este y lo tomó, era un anillo de bodas.

Confundida lo miró de cerca, sabía que ese objeto había salido del libro dorado, sin embargo no entendía qué significaba.

- Debemos irnos – anunció el capitán.

El equipo monárquico lo siguió de vuelta a los pasillos que ya habían recorrido. Sus rostros pasaban desde la decepción, tristeza y molestia.

Anne fue la última en reunirse con el grupo, antes de salir de aquel lugar lo observó por última vez. Aún no podía creer que el documento no estuviera, o peor que nunca hubiera existido. Tal vez en algún tiempo atrás desapareció de la faz de la tierra.

Ella no quería dudar por completo de su existencia, Martín le había contado con gran emoción que creía en esa leyenda antigua. Si él lo había creído fervientemente, también ella debía hacerlo.

Cuando Anne cruzó la puerta de salida, el lugar ya estaba regresando a la oscuridad a la que pertenecía.

Capítulo 9

Capítulo 9

Revolución

El grupo de los monárquicos regresó a las instalaciones del Cuartel General con caras largas y con las manos vacías. El operativo resultó ser un total fracaso.

Creían que habían perdido el tiempo y recursos para nada. Ahora tenían que centrarse en lo que realmente importaba, entrar a la ciudad.

El capitán y la reina dieron el visto bueno para iniciar lo antes posible el ataque. Se acordó que irían por partes, tomarían las sedes de los poderes gradualmente. El primero sería la de los senadores. Anne se había encaprichado en tomar el control de aquel lugar como primer paso, por lo que representaba para ella.

Luego seguiría inmediatamente la Cámara de Justicia, y por último el Palacio de Baldovinos. Utilizarían los pasadizos que bien conocían para entrar en los edificios de la Trinidad Igualitaria sin ser vistos.

La mañana del 26 de julio, el contingente de los monárquicos al que se le encomendó la lucha, se despidió de sus seres queridos en la mina y salieron en grupos. Hombres y mujeres estaban listos para comenzar con la guerra. Un día antes varias agrupaciones de soldados habían salido para repartirse en los condados del país, y así iniciar en todos lados la revolución.

Sólo un pequeño equipo del ejército, se quedó en el Cuartel General protegiendo a las personas que seguían refugiadas.

El capitán Machado y la reina Anne lideraban al ejército real. Se dirigieron al pasadizo que lleva del bosque a la Catedral de San Lorenzo, de ahí se dividieron en varios grupos. Uno sería comandado por el capitán Machado y la reina, con dirección al Edificio de Maltas. En el otro había quedado a cargo el príncipe Christopher y Esmeralda.

En agrupamientos pequeños fueron saliendo de la Catedral para dirigirse a la entrada de los otros dos pasadizos. Los que iban hacia los senadores, tenían que recorrer unas cuantas cuadras hasta una tienda de antigüedades. Los del Edificio de Justicia al sótano de una librería.

Cada uno de los grupos al ya estar dentro de su pasadizo correspondiente, se dirigieron hasta la puerta que los llevaría al interior de la sede. Los encargados del edificio de los magistrados se detuvieron cerca de la puerta, hasta que el Edificio de Maltas estuviera en sus manos, ellos podrían invadir ese.

El capitán Machado detuvo a su gente justo llegando a la puerta que los dejaría ingresar al edificio de los senadores, aguardarían hasta la señal indicada.

Al medio día, la capital fue quedándose sola poco a poco, las personas fueron desvaneciéndose de las calles para refugiarse en sus hogares. La escena era similar a cuando el agua se recorre hacia el mar, dejando metros de playa a la vista, como advertencia del tsunami que estaba a punto de chocar contra ellos.

Antes de iniciar el operativo se había difundido entre la gente de confianza de la ciudad, la hora en que los monárquicos entrarían en acción. Un cuarto antes de la una de la tarde muy poca gente quedaba en las calles, todos ya se encontraban en casa protegiéndose de la guerra que estallaría.

Un hombre se encontraba fumando justo en la Explanada de los Fundadores. Miró el reloj de mano que portaba. Tiró y apagó su cigarro sin terminar, le hizo una señal con la cabeza a otro que estaba a unos cuantos metros de él.

Con la vista localizaron a unos cuantos metros a unos guardias rebeldes. Caminaron de prisa hacia ellos, iban con decisión. Al estar a una distancia corta, sacaron rápidamente sus armas y les dispararon. Los guardias sin darse cuenta fueron abatidos, y entonces los disparos comenzaron.

Como al unísono, a la una de la tarde por todo el país se escuchaban los disparos. La gente que peleaba en las calles, era un grupo especial de los monárquicos que había entrado a la metrópoli un día anterior para empezar con la revuelta. Lentamente se les unieron los ciudadanos que querían apoyar en la guerra, y juntos comenzaron el combate.

Cuando Alejandro Burgos se enteró de que la guerra había empezado en las calles, ya era demasiado tarde, pues ya rondaban por todos lados los monárquicos. Confió en que su ejército rebelde podría acabar con ellos, porque no eran muchos los que peleaban en el exterior. Lo que él no sabía era que una parte de estos estaba a punto de hacer algo mucho más grande.

En seguida de que empezaron los disparos, un encubierto de los monárquicos en el Edificio de Maltas accionó la alarma de evacuación, al ser domingo no había ningún civil en el recinto, únicamente personal rebelde.

El capitán Machado escuchó la alarma, esa era la señal que estaban esperando. Dio la orden y salieron del pasadizo. Cruzaron el salón de sesiones y se esparcieron por el edificio. El ruido de las detonaciones de las armas resonaban por cada rincón del sitio. Anne junto al capitán disparaban a los rebeldes. Algunos guardias reales se habían adelantado para cerrar todas las puertas de acceso, encerrando a los rebeldes en su interior.

Machado miraba de reojo a la reina, confiaba en su habilidad con la pistola, de todos modos tenía que cuidarla de cerca. Admiraba a Anne, desde el primer minuto en que la conoció, supo que la chica no sería una reina convencional, y en ese momento lo confirmaba. Otros podrían haberse quedado refugiados mientras los demás combatían las guerras en su nombre. Ella no, no se había quedado con los brazos cruzados en el Cuartel General, estaba ahí en medio de la guerra poniendo el ejemplo.

Entonces dieron el siguiente paso, Anne en compañía de Machado y cinco soldados, se dirigieron hacia el despacho del senador presidente para tener por completo el control del edificio.

Entraron a la oficina a la fuerza, dentro se encontraba el reemplazo de Frarraga. Machado en cuanto lo vio, y sin darle oportunidad al presidente de defenderse, le disparó. El capitán miró hacia sus hombres y les hizo una señal, estos se retiraron a cumplir con la orden dada.

De repente en el techo del Edificio de la Cámara de los Comunes se colocó una bandera, la insignia de los monárquicos ondeaba por el viento. Aquella era la señal de que tenían en su poder la sede.

Capítulo 10

Capítulo 10

Invasión

En cuanto se vio ondear la bandera con la insignia de los monárquicos en el techo de la Cámara de los Comunes, se dio luz verde para que el segundo grupo ingresara al Edificio de Justicia. La señal para su acceso fue también la alarma de evacuación. Al escucharla, salieron del pasadizo y entraron en la biblioteca. Poco a poco se fueron esparciendo por la sede. Durante unos minutos todo era confuso para los rebeldes, no entendían lo que sucedía.

Los disparos avisaron a Manuel Manzano de que algo sucedía en la sede a su cargo. Cuando salió del despacho, vio cómo uno a uno iban cayendo sus súbditos. Trató de escapar, no obstante los invasores ya estaban por todas partes, así que regresó a su oficina para refugiarse como el cobarde que era.

Habló a Burgos para comentarle la situación, sin embargo no le contestó, el otro estaba ocupado viendo lo que había ocurrido en el Edificio de Maltas, que no se enteró a tiempo de que lo mismo pasaba en el de Justicia. Su poder se iba desmoronando sin darse cuenta.

Esmeralda en compañía de Christopher daban ordenes al ejército, y ponían a salvo a los pocos ciudadanos que se encontraban en el interior de la biblioteca, ya que como en la otra sede, se cerraron todas las puertas para que los rebeldes no pudieran escapar.

El príncipe se desenvolvía fácilmente en el campo de batalla. Pensó que sus padres estarían orgullosos de lo que sus hijos estaban haciendo, recuperando el país que ellos amaban por completo.

Mientras Esmeralda disparaba a los rebeldes, recordó a su padre que se quedó en el Cuartel General, y que tal vez en otros tiempos desaprobaba lo que estaba haciendo en aquel momento. Él siempre había sido un hombre de paz, su cargo como secretario particular jamás le obligó a tomar un arma. Ella tampoco hubiera pensado, ni en sus sueños más locos, que algún día llegaría a eso, puesto que varios años atrás optó por una vida lejos de las comodidades a las que su padre estaba acostumbrado.

Desde entonces llevaba una vida decorosa como gitana, y aunque Martín en innumerables veces le pidió que trabajara con él, ya que ambos

estudiaron la misma carrera, ella lo había rechazado, amaba la vida que tenía.

Sin embargo ahí estaba con un arma de fuego, luchando de la mano de la corona, por una causa que al principio pensó que no compartía, pero que con el paso del tiempo, comprendió que era lo que también quería.

En el trascurso de la batalla, los rebeldes caían uno a uno, desgraciadamente al igual que ellos, los monárquicos ya contaban con algunas bajas, aun así el ejército real estaba tomando el control de la sede.

Esmeralda y Christopher se hicieron camino entre los fuegos cruzados para dirigirse al despacho del magistrado presidente. Ambos se cubrían la espalda.

Con dificultades lograron su objetivo. Arribaron hasta la puerta del despacho y trataron de entrar, la gitana tomó la manija para abrirla, pero no cedió, estaba cerrada por dentro. Chris con su pistola, disparó hacia la manija, y esta se rompió, dejando el mecanismo libre para empujarla. Unos disparos del interior los recibieron, uno le rozó un brazo al príncipe, no obstante este le contestó la bienvenida, y lesionó a Manzano en el brazo con el que cargaba el arma.

Manuel cayó al suelo junto a su escritorio y trató de tomar su arma, a pesar de ello Chris fue más rápido y con una patada la alejó de él. El joven príncipe le apuntó a la cabeza, Manzano lo miró horrorizado.

- ¿Podrías hacerme el honor, Esmeralda? – dijo Christopher bajando su pistola.

- Con mucho gusto – contestó ella inmediatamente.

Esta se acercó, lo miró al suelo. Al principio le dio lástima, allá abajo se veía como un pobre insecto indefenso, luego su rostro cambió. Recordó que por culpa de él, en ese momento su mejor amigo ya no existía en ese mundo. Levantó el arma y le apuntó.

- Esto es por mi mejor amigo – empezó a decir la mujer – Por el senador Martín Frarraga – y le disparó.

Una segunda bandera con la insignia de los monárquicos ondeó, pero esta vez sobre el techo del Edificio de la Cámara de Justicia.

Grupos especiales de los monárquicos se quedaron a resguardar las dos sedes de los poderes que habían tomado. Los demás se reunieron en el pasadizo de la Catedral de San Lorenzo para hacer su última hazaña, entrar al Palacio de Baldovinos.

Capítulo 11

Capítulo 11

De regreso al Palacio

Mientras la guerra seguía con todo su esplendor en las calles de Pritige, el grupo monárquico ingresó al Palacio por el pasadizo. Entraron en el salón del ala oeste y se repartieron por los pasillos. Pronto se escuchó el sonido de las armas accionarse.

Machado, Anne, Esmeralda y Christopher lucharon nuevamente junto al ejército real. Los cuatro trataron hacerse paso directo hasta el despacho del rey, pero les resultó más complicado que en las otras dos sedes.

La gitana y el príncipe cubrían a la reina y al capitán para que ellos pudieran llegar hasta su objetivo, sin embargo no cesaban de aparecer rebeldes por todos lados. Un grupo de monárquicos que peleaba en el exterior, se adentró en el Palacio por las puertas principales, y las cerraron para evitar la salida de los rebeldes, sobre todo de Alejandro Burgos.

Casi llegando al despacho del rey, el capitán fue lesionado en un costado del torso. Cayó al suelo, Anne corrió hasta él.

- Capitán, ¿está bien? – le preguntó la joven reina preocupada.
- Sólo ha sido una herida, su majestad – contestó con dificultad Machado - ¡Siga adelante! ¡Acabe con Burgos!

Anne asintió.

- ¡Christopher, sígueme! – gritó la reina.

Su hermano se reunió con ella, y juntos emprendieron el camino hacia Burgos. Recorrieron los metros que les faltaba. Con ayuda de otros monárquicos derribaron la puerta de la oficina. Revisaron por completo el lugar, tristemente se percataron de que no había nadie. Christopher volteó a ver a su hermana preocupado, Anne maldijo para sí misma, Alejandro se les había escapado.

La joven reina mandó a inspeccionar cada rincón del Palacio, y después un equipo especial repasó las grabaciones de seguridad. Descubrieron que las cámaras de seguridad del Palacio, captaron la huida del monarca ilegítimo en compañía de un par de rebeldes, los cuales salieron por una de las

puertas destinada para el personal.

Luego de varias horas de la invasión de los monárquicos a Baldovinos, se colocó una bandera en el palco principal del Palacio, ondeando con fuerza, mostrando el triunfo de los invasores.

La noticia de la toma de Baldovinos y del escape de Burgos, corrió rápidamente. Poco a poco los rebeldes sobrevivientes soltaron las armas y levantaron las manos en señal de rendición. Estos fueron esposados y encarcelados en el cuartel del ejército real, en espera de un juicio justo.

En el interior de la sede de la monarquía se respiró un ambiente de victoria. El ejército monárquico se estrechaba las manos felicitándose por el logro. El capitán Machado fue atendido por un médico de la lesión que tenía, afortunadamente la bala no había tocado ningún órgano, y tampoco había perdido mucha sangre, con cierto tiempo de descanso y con las medidas necesarias se recuperaría.

La reina miraba a su alrededor, el lugar que había considerado su hogar se veía diferente a como lo recordaba. Ahora estaba lleno de cuerpos sin vida por todas partes, sangre en las paredes y en el piso.

Se sentía exhausta, había sido un combate difícil, jamás ni en sus locos sueños pensó en que algún día participaría en una guerra. Su cuerpo le pedía descanso, pero su mente le advertía que todavía no había acabado, mientras Alejandro Burgos siguiera con vida, para ella la revolución continuaba.

Esos tres días que duró el saqueo al país, los monárquicos no sólo se apoderaron de las sedes de la Trinidad Igualitaria, sino también del escondite de los rebeldes. Dicha información se obtuvo después de un interrogatorio duro a algunos de los enemigos, quienes al final revelaron la ubicación de su guarida.

Anne en compañía de Christopher, y un grupo del ejército real ingresaron a las catacumbas del Cementerio de Monte Blu. Esperaban encontrar ahí al líder de los rebeldes. Para su mala suerte, cuando llegaron, se dieron cuenta de que al parecer Burgos y su demás gente, habían pasado rápidamente a su refugio, para quemar evidencia y llevarse algunas de sus pertenencias, antes de salir de la ciudad.

El grupo rebelde no solamente cayó en la metrópoli, sino también en los veintitrés condados que pertenecían al país.

Capítulo 12

Capítulo 12

La caída del líder rebelde

La madrugada del 30 de julio se respiraba una tranquilidad total. En las calles, el ejército real y los ciudadanos recogían los cuerpos que dejó el paso de la revolución.

Los cadáveres de los rebeldes serían entregados a quienes quisieran reclamarlos, los otros se enterrarían en el cementerio nuevo en una cripta sin nombre. Los caídos pertenecientes al grupo monárquico serían arreglados para un homenaje póstumo.

La reina Anne estaba sentada en la silla que un año atrás le perteneció a su padre. Hacía un poco más de un año que la entonces princesa, salió de su hogar para refugiarse en el bosque. Suspiró hondo, un año se le hacía tan corto tiempo para todo lo que vivió, para ella es como si hubiera pasado una eternidad.

Miró a las cuatro paredes del despacho y pensó en el trabajo que tenía hacia el futuro. Debía sacar adelante un país destruido, resurgir de las cenizas como el ave fénix. Reflexionó sobre ese animal de la mitología griega, el cual era el animal favorito de Martín aunque no existiera. Lo que al senador le fascinaba de este era su significado.

Volvió a suspirar hondo y sonrió. Entre sus dedos rondaba el anillo que encontró en las catacumbas de los fundadores. Frarraga siempre había ido como doscientos pasos delante de ella, pues tenía la plena convicción de que el catedrático estuvo en la necrópolis en busca del documento antiguo. Desconocía si lo había encontrado o no, aun así su amado se encargó de que la joven reina se enterara de su presencia en aquel lugar, dejando su anillo de bodas.

Aunque Martín llevaba años viudo, jamás quiso quitarse el anillo, es como si fuera el vínculo a una extraña conexión que tenía con Cecilia, su exesposa. Ahora los dos estaban juntos, continuando con su amor.

Supo en ese instante de que todo lo que Frarraga le contó y le enseñó era por una razón, puesto que la había preparado por muchos años para ese momento.

Una lágrima resbaló por su mejilla, todavía le seguía doliendo su muerte, y tal vez le costaría mucho más tiempo para recordarlo sin que doliera

tanto. Acomodó el anillo en su bolsillo y salió rápidamente del despacho.

El auto de Anne se detuvo enfrente de la casa del exsenador, a las afueras de la ciudad, en el condado De Guzmán. Tomó aire y fuerza para salir del vehículo, cuando estuvo lista lo hizo y se paró delante del porche. Trató de no llorar al ver en el exterior muchas rosas marchitas, supuso que aquellas fueron parte del homenaje que los ciudadanos le hicieron al catedrático la noche de su muerte.

Hizo a un lado las rosas para no pisarlas como muestra de respeto y se dirigió a la puerta, sacó las llaves y la abrió. En cuanto puso un pie en aquella casa percibió algo extraño, no era el recuerdo doloroso de la muerte del dueño de ese hogar, sino más bien se sentía un ambiente maligno, como si esa casa que fue por aproximadamente cinco años el refugio de su amor, hubiera sido profanado por una cosa maldita.

Sus instintos la obligaron a sacar el arma. En seguida de cerrar la puerta supo que no estaba sola. Caminó con cautela, atenta a cualquier movimiento, sus pies la llevaron hasta la habitación en que Frarraga solía usar como despacho.

No necesitó prender la luz para saber quién se encontraba sentado en la silla de su amado. Una tenue luz del exterior iluminaba lo necesario del lugar. Anne apuntó hacia la figura de aquel hombre.

- Sabía que vendría hacia acá, tarde o temprano, su majestad – dijo en tono burlón Burgos.

- ¿Qué estás haciendo aquí? – le preguntó Anne molesta.

Una rabia intensa se apoderó de ella. Era para el recuerdo de Martín una burla que su asesino se hubiera metido a su hogar, y para el colmo, estuviera sentado en su silla.

- Estaba esperándola – sonrió Alejandro con su respuesta.

- No tienes ningún derecho de estar aquí – dijo la reina apretando los dientes.

Burgos trató de levantarse, pero Anne le apuntó a la cabeza.

- No te muevas – le ordenó.

- Tenga cuidado, su majestad – se burló el monarca ilegítimo – No se vaya a hacer daño.

Anne ríó colérica.

- ¿En serio crees que no sé usar un arma? – dijo divertida – Pues déjame decirte que en estos días muchos de tus hombres murieron gracias a algunas balas mías.

Alejandro meditó la respuesta de la soberana y decidió volver a sentarse.

- Sabia decisión – comentó Anne.

- Sabe, su majestad – empezó a decir Burgos – Hoy entiendo que cometí un gran error.

- ¿Cuál fue? – quiso saber la reina.

- La subestimé – respondió el líder rebelde – Jamás pensé que no sería una reina convencional. A usted no le importa ensuciarse las manos con tal de cumplir con su deber.

- Esa es la gran diferencia entre los grandes líderes como yo, y los fracasados como tú – soltó de golpe la joven reina.

Burgos medio sonrió adolorido por el comentario, aunque no podía negar que ella tenía razón.

- No volveré a cometer ese error – dijo de pronto Burgos.

Alejandro sacó el arma, pero Anne fue más rápida. Le disparó en el brazo con que la sostenía. Burgos gritó de dolor.

- Eso tenlo por seguro – le dijo la reina - ¡Larga vida al rey! – gritó y le disparó en la frente.

Capítulo 13

Capítulo 13

El documento antiguo

Anne miró el cuerpo de Alejandro Burgos en el suelo. Llamó a Christopher para darle la noticia de la muerte del líder rebelde. En un par de horas irían a recoger su cadáver. Supo que por fin se había acabado todo, la pesadilla había llegado a su fin. Todavía no sabía cómo iba a salir adelante sin sus padres, sin el comandante, sin Martín.

Supuso que lo haría de la misma manera en que había sobrevivido por un año. Durante ese tiempo ellos se convirtieron en su inspiración, en su motivación para continuar con su vida.

Personal del Palacio llegó a la casa, tomaron el cuerpo inerte del líder rebelde y lo sacaron de aquel lugar. Luego de quedarse nuevamente sola, se sentó en la silla de Martín. Miró de reojo la mancha roja de la sangre de Burgos, hizo un gesto de molestia, al día siguiente ordenaría se removiera por completo, no quería nada de este en la casa de su amado.

Cerró los ojos con el anillo de bodas en la mano. Por un momento sintió que el exsenador todavía estaba en su hogar. Decidió que se quedaría con la casa, puesto que era lo único que le quedaba del amor de su vida. Así cada vez que quisiera, podía regresar ahí, y recordar los hermosos tiempos que vivieron juntos.

Unas cuantas lágrimas resbalaron por su rostro. Sacó de la bolsa el bolígrafo falso que Frarraga le había regalado, y lo puso encima del escritorio. Comprendió que ese objeto pertenecía ahí, junto con las demás cosas de Martín.

Abrió los ojos y miró a su alrededor, jamás pensó que se sentiría tan sola en ese sitio que consideró como un paraíso terrenal. No sabía qué hacer con el anillo. Creyó que también debía de dejarlo en ese lugar.

Abrió uno de los cajones del escritorio, vio una caja azul pequeña, que tenía grabadas en letras doradas su nombre. La tomó extrañada, ese color azul era su favorito, tal vez se tratara de un regalo que el académico le pensaba dar. Destapó la caja y respiró profundamente tratando de contenerse, sin embargo no lo logró. Empezó a llorar inconsolablemente, pues la caja contenía un hermoso y majestuoso anillo dorado de

compromiso.

Al parecer el exsenador había decidido que era el momento de avanzar en su relación y quería desposarla. No supo decir Anne si esa decisión la tomó antes o durante la revolución, pero ella sin duda sabía que si le hubiera pedido matrimonio, hubiera aceptado de inmediato.

Sacó el anillo de la caja y se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda, aun llorando. Maldijo mil veces a Burgos, por su culpa muchas cosas ya no pasarían, le había destrozado la vida por completo y ahora no sólo tenía que levantar a todo un país, sino también construirse a sí misma.

Luego de darse tiempo para llorar por lo que nunca sucedería, se limpió el rostro con la manga de su suéter, cerró el cajón y se levantó. Caminó hacia la sala, no obstante antes de salir del despacho, volteó hacia el estante de libros. Se acercó a ellos. Con sus dedos rozó los lomos de estos. De repente se detuvo, levantó la ceja confundida, observó uno en especial, después de unos segundos lo tomó extrañada. Revisó el texto que tenía entre sus manos, se trataba del libro de Alicia en el País de las Maravillas de Lewis Carroll, se le hizo parecido a uno que Martín hace algunos años le había regalado, una edición especial.

Abrió el libro y pronto la caligrafía de Frarraga apareció confirmando su sospecha.

"Creo que sí, estás loco. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están."

La joven reina amaba esa cita, por esa razón Martín la escribió con su letra perfecta al principio del texto.

No comprendía cómo es que ese objeto había llegado hasta ahí. Estaba segura de que cuando salió del Palacio hacía un poco más de un año, lo había dejado en una de las mesas de noche junto a su cama. Pensó que tal vez en el tiempo en que Burgos se encontraba instalado en Baldovinos, Frarraga había ido hasta su recámara para sentir su presencia, como lo que estaba haciendo ella en aquel momento. Debido al significado que tenía ese libro para los dos, el exsenador lo tomó y lo llevó a su casa para refugiarse en los recuerdos que traía el objeto, mientras llegaba el día en que podrían volver a estar juntos, el cual jamás pasaría.

Abrazó el texto con todas las fuerzas que tenía. Entonces sintió algo extraño en su interior. Anne lo observó con cuidado, y se dio cuenta de

que se alcanzaba a ver un pequeño bulto. Lo abrió y debido a lo grueso del objeto que ocultaba, las páginas cedieron hasta el sitio en que se encontraba, revelándole un documento doblado a la mitad.

En cuanto Anne lo vio supo de inmediato de que se trataba, el pergamino viejo y amarillo le dijo todo. Dejó el libro en el estante y desdobló el documento. La reina no podía creer que ante sus manos tenía el manuscrito antiguo por el que habían bajado a las catacumbas de los fundadores. Ahora lo comprendía, el exsenador en algún momento llegó hasta la necrópolis para llevárselo y esconderlo en otro lado, en caso de que Burgos de alguna forma pudiera llegar hasta aquel lugar.

El anillo de bodas de Martín en el libro dorado de Historia de la Fundación era un acertijo más que solamente ella podía resolver. Leyó el documento que tantas vidas había costado en el transcurso de la historia de Pritige, y entonces lo supo, ese documento no debía de existir. Decidió que lo mejor para todos es que pensarán que se había extraviado en el tiempo. Comprendió que era momento de acabar con las tragedias que se causaron por la avaricia de conseguir ese papel.

Rápidamente fue hacia uno de los cajones del escritorio, tomó el encendedor del exsenador y la papelerera de la basura. Salió al patio trasero. En el exterior todavía no salía el sol. Colocó el cesto en el piso y miró por última vez el documento antiguo. Accionó el encendedor y lo acercó al papel, por una esquina comenzó a recorrer el fuego, lo sostuvo hasta que este prendió lo suficiente y luego lo arrojó al bote.

Anne vio como el manuscrito viejo se consumía por el fuego. Mientras observaba dicha escena, pensó que ese papel que jamás debió de haber existido, y que ya no existiría, pasaría a ser parte únicamente de una leyenda, como debió de ser desde el principio.

Los rayos del sol empezaban a entrar por los grandes ventanales del Palacio de Baldovinos. En el interior del edificio no se escuchaba ni un solo ruido, solamente los pasos ligeros de Anne caminando por el vestíbulo. Acababa de regresar de la casa de Martín.

Caminó hacia la escalera monumental que dirigía a los pisos superiores. Se detuvo en medio del vestíbulo y miró hacia la pared de enfrente. Ante ella el majestuoso mural le daba la bienvenida a su nuevo hogar.

Con el libro de Alicia abrazado, el anillo de compromiso puesto, el anillo de bodas en su bolsillo, y un arma en la bolsa, decidió que todo debía cambiar, a partir de ese instante ya no podría regresar atrás, a ese pasado que la lastimaba demasiado, y del cual tal vez jamás podría zafarse por completo. Se prometió que no voltearía hacia los viejos

tiempos, ahora lo que importaba era su presente y el futuro que la arrastraba hacia este como un agujero negro. Un futuro inminente e incierto.

Deseó en lo más profundo de su corazón, que en los tiempos venideros existiera felicidad para el pueblo de Pritige, para los suyos, y sobre todo para ella misma.

Capítulo 14

Capítulo 14

Coronación

Habían pasado cuatro meses luego de la derrota de los rebeldes. Pritige poco a poco salía del desastre que ocasionó la revolución, sabían que tardarían en reponerse de aquel acontecimiento, pero en algún momento lo harían. La alegría llegaba lentamente a la gente del país cuando se anunció la fecha en que se coronaría reina a Anne.

Ese día desde temprano, las personas salieron de sus casas para rodear las calles en las que pasaría la heredera al trono. Con una radiante felicidad y con la bandera de Pritige en mano, esperaban la procesión de la futura soberana desde el Palacio de Baldovinos hacia la Catedral de San Lorenzo.

Anne respiró profundamente, estaba muy nerviosa, el momento por el que toda su vida se había preparado había llegado. Se miró al espejo, un vestido largo en color beige tipo vintage la hacía lucir hermosa, sobre sus hombros cargaba una larga capa de terciopelo carmesí. Con una de sus manos acarició el collar que ya pendía de su cuello, en este colgaba el anillo de bodas de Martín, así como el dije que su padre le regaló en su cumpleaños veinticuatro, estos serían sus amuletos de buena suerte durante su reinado.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia su cama. Tomó el libro de Alicia para acomodarlo en uno de los estantes de su habitación, de repente se dio cuenta que al final del texto se encontraba algo que antes no había notado, un sobre con el sello de cera tinto. Sonrió, la forma en que estaba colocado en la última página, era similar al escondite de las tres piezas del mapa en los libros de historia de la Trinidad Igualitaria. Comprendió que Martín lo había puesto en ese lugar, ya que el sello de cera contenía la insignia de la Familia Frarraga, una de las más antiguas de la ciudad.

Rompió el sello con cuidado, de su interior sacó una hoja grande doblada. Dejó el libro en el estante y leyó la carta que su amado le escribió. De sus ojos salieron lágrimas, estrechó el papel contra su pecho y cerró los ojos.

Unos toquidos en su puerta la hicieron regresar a la realidad, Esmeralda se asomó y le anunció que era el momento de salir rumbo a la Catedral. Anne asintió y dejó la carta sobre su cama. Esmeralda caminó detrás de

ella, junto a su padre Adrián.

Mientras la mujer veía a Anne caminar hasta el carruaje que la llevaría a la ceremonia de coronación, suspiró hondo. Su padre la tomó de la mano y le hizo un guiño. Ella asintió y lo siguió. Las cosas habían cambiado por completo para muchos. Esmeralda decidió dejar su vida de gitana para seguir los pasos de su padre. Sería por un tiempo su aprendiz, hasta que este estuviera listo para dejar su cargo, y entonces ella ascendería a secretaria particular de la reina. Una de las razones por las que eligió ese trabajo era porque se había encariñado con Anne, y sobre todo porque así podría cumplir con la promesa que le hizo a su mejor amigo antes de morir.

Pensó que en ese momento, en dondequiera que estuviera el alma de su amigo, estaría orgulloso de ella. Antes de subir al auto que la llevaría hasta la Catedral de San Lorenzo, vio de reojo al capitán Machado. Cuando sus ojos se encontraron, ambos se sonrojaron. Durante esos meses, los dos pasaron demasiado tiempo juntos, y habían podido conocerse un poco mejor, sin querer empezaba a surgir algo entre los dos, un cariño especial estaba creciendo en ellos.

Esmeralda y su padre subieron al vehículo. Suspiró nuevamente, sabía que las cosas mejorarían. Luego de levantarse esa mañana, había consultado las cartas del tarot, en ellas aparecieron el mago, la justicia, la templanza, la estrella y el juicio prediciéndole que los buenos tiempos estaban comenzando, y esperaba que se quedaran por mucho, pero mucho tiempo.

El capitán Machado subió al mismo vehículo que el príncipe Christopher. Suspiró hondo, después de la coronación de Anne, la soberana lo nombraría Comandante General por sus servicios prestados a la nación durante la revolución. No sólo las vidas de Esmeralda y Machado cambiarían en seguida de la ceremonia, sino que también afectaría a la del joven príncipe. Christopher terminaría la universidad y tomaría el lugar que había dejado su hermana en la familia real, por lo que le otorgarían patronatos para dirigir, ya que Chris entendía que había llegado el momento de trabajar para la corona.

Alfonso ya se encontraba arribando junto con su familia a la Catedral de San Lorenzo para la ceremonia de su mejor amiga. En seguida de que les indicaron sus asientos, tomaron sus lugares. No podía creer que en un solo año todo cambiara para muchos de ellos. Él había decidido hacer otra carrera universitaria. La licenciatura en Derecho fue su opción, esperaba que en algunos años más, pudiera convertirse en un renombrado

magistrado o senador y seguir los pasos del fallecido Frarraga.

La caravana de la procesión comenzó a avanzar, Anne respiró hondo mientras su carruaje se movía hacia la salida del Palacio. Recordó las hermosas palabras que Martín le escribió en su carta de despedida.

"Mi querida y amada Anne:

Estoy completamente seguro de que cuando estés leyendo estas palabras será porque ya no me encuentro a tu lado. No quiero que llores al leerlas, sabes lo mucho que odio que lo hagas, jamás me perdonaría ser yo la razón de tus lágrimas.

Entiendo que ya habrá acabado la guerra y que habrás tomado el lugar que por derecho te corresponde. Sé que el camino que estás por tomar será difícil, incluso más de lo que fue la guerra, pero tengo la plena confianza de que podrás hacerlo bien, serás una grandiosa reina. Desgraciadamente no estaré ahí para verte reinar, a pesar de ello tienes que entender, que si yo no estoy en ese momento contigo fue por las decisiones que tomé por un bien mayor..."

El carruaje que transportaba a Anne salió del Palacio. La gente comenzó a gritar con emoción ondeando la bandera del país, ella los saludó con un movimiento de mano.

"...Hace algunos años hice una promesa a tu padre. Le prometí que cuidaría de ti si él alguna vez llegara a faltar. Orgullosamente puedo decir que lo cumplí, a pesar de las consecuencias. Tú en todo momento has sido mi prioridad, incluso antes que mi propia vida.

Quiero que sepas que aunque yo ya no exista en el mismo mundo que tú, siempre, siempre seguiré amándote desde dondequiera que esté, recuérdalo hasta el final..."

El pueblo se desvivía de felicidad al ver a Anne en el carruaje rumbo a su coronación. La joven reina fingía una sonrisa, aquel instante le era doloroso, porque comprendía todo lo que había pasado para que sucediera aquella ceremonia, cuánta gente había muerto para que en ese momento

se dirigiera a convertirse en reina.

Anne pensó en las primeras cosas que haría en cuanto fuera coronada. Lo primero sería nombrar al capitán Machado como Comandante General, un puesto que se lo tenía más que ganado. Después llamaría a elecciones para que el pueblo eligiera a los nuevos miembros de la Cámara de los Comunes y de Justicia, y así seguir preservando la Trinidad Igualitaria.

"...Tengo en mi memoria como si hubiera pasado ayer, el día en que te conocí y en cómo eso cambió mi vida por completo. Me llenaste de una inmensa alegría. Al principio me empeñé en protegerte como un fiel guardián, pero entonces comprendí que no lo necesitabas, no eres una princesa convencional, no lo eres y jamás lo serás. No eres como las princesas de los cuentos de hadas que esperaba a que un príncipe o un caballero de reluciente armadura fuera a rescatarte.

Al contrario, tú eres una princesa guerrera, la que ella misma se protegía del dragón y porque no, la que es capaz de ir a rescatar a su fiel caballero. No dudaría por ningún momento que hubieras salido a combatir a la guerra con arma en mano..."

El carruaje se detuvo enfrente de la entrada a la Catedral de San Lorenzo. Un guardia abrió su puerta y la chica salió con cuidado. Subió las escaleras hacia la puerta en donde ya la esperaba el arzobispo. La gente gritaba a su alrededor.

"...Como sabía que no podría protegerte siempre, decidí idear un plan que te guiara en tu camino. Es por eso por lo que te contaba mis leyendas favoritas de Pritige, porque como ahora lo sabrás, estas contienen verdades. Confío en que entenderías cada una de las pistas que he dejado para ti, y que te llevarán hasta tu triunfo.

Tal vez en este instante has descubierto el secreto que escondía en uno de los cajones de mi escritorio. Antes de que se realizara el levantamiento de los rebeldes ya tenía en mis manos el anillo y estaba a punto de pedirte te convirtieras en mi esposa. Desafortunadamente tuve que aplazarlo en cuanto supe la inminente invasión de los rebeldes. Ese anillo fue el motivo más poderoso que tenía para mantenerme con vida, porque esperaba que terminando la guerra pudiera retomar mis planes contigo,

aunque ahora comprendo que jamás sucederá...”

Luego de saludar al arzobispo, Anne entró a la Catedral detrás de él y del comité que la coronaría. Todos los presentes se pusieron de pie, la siguieron con la mirada hasta que llegó frente al altar y tomó asiento.

“...No quiero que mi recuerdo ensombrezca tu vida. Sé que tendrás que tomar tu luto por mi muerte, pero después de eso no mires hacia atrás, continúa tu vida como lo harías si yo siguiera a tu lado. Conviértete en la gran y maravillosa soberana que nunca dudé llegarás a ser.

Sigue todos los consejos que Adrián Romero pueda darte bajo tu reinado, él es el hombre más sabio que he conocido en toda mi vida, gracias a él me convertí en la persona que soy hoy...”

El arzobispo empezó con la ceremonia. A la mitad de esta se acercó a Anne. La joven se puso de pie nerviosamente.

- ¿Promete y jura gobernar el pueblo de Pritige de acuerdo con nuestras respectivas leyes y costumbres? – le preguntó el arzobispo.
- Lo prometo solemnemente – contestó Anne en voz alta.
- ¿Y procurar, en la extensión de su poder, que todos los juicios estén presididos por la Ley, la Justicia y la Misericordia? – continuó el cardenal.
- Sí – respondió la soberana conteniendo la respiración.

“...Me gustaría que me hagas un favor, cuida de Esmeralda, porque es la mejor amiga que jamás he tenido, y sé que a ella le será un poco más difícil que a ti superar mi muerte. Apóyense mutuamente, y que mi recuerdo sea la motivación de ambas para hacer de Pritige un lugar mejor...”

Desde las primeras filas Christopher y Adrián veían la ceremonia, detrás de ellos Esmeralda y el capitán Machado. Algunas filas más atrás, y después de Alfonso, se encontraba Rose llorando de felicidad y tristeza al mismo tiempo. Miguel la tomó de la mano para consolarla, sabía que en ese momento ella estaba pensando en que su exjefe, Martín Frarraga, no

estaba para ver al amor de su vida convertirse en reina.

En seguida del juramento que realizó Anne, siguió al arzobispo hacia el trono que estaba colocado en el altar. La futura reina se detuvo cuando llegó hacia este, lo miró unos segundos y suspiró, luego se sentó. Cuatro miembros de la Orden de los Caballeros de Pritige se acercaron a ella con un palio para la unción. Al comprobar de que estaba perfectamente acomodado el palio, el arzobispo se paró frente a la joven, de un contenedor antiguo tomó un poco de aceite consagrado con una cuchara especial para el acto, y comenzó a ungirlo sobre las manos, la cabeza y el pecho de Anne.

"...No me queda más que agradecerte por todos los tiempos hermosos y mágicos que me has brindado. Gracias por aparecer en mi vida cuando todo era soledad. Gracias por regresarme a la vida, pero sobre todo gracias por amarme de la manera en que lo haces. Quiero que sepas que en ningún momento he dejado de pensar en ti, siempre estarás en mi mente y corazón aunque mi cuerpo esté frío..."

Después de la unción, el arzobispo le impartió una bendición y con ayuda de otros obispos le hicieron entrega de las joyas de la corona. Primero le fue entregado la orbe, luego el anillo del soberano y en seguida el cetro. Anne suspiró hondo y mantuvo la mirada hacia el frente. Entonces el cardenal tomó la corona y se la colocó en la cabeza. La joven tragó saliva nerviosa.

"...Pero sobre todo, guarda estas palabras que han sido lo más poderoso en este mundo para mí: Te amo.

Siempre tuyo,

Martín Frarraga.

El arzobispo se paró a su lado. Entonces por unos minutos Anne pudo ver, tal vez por obra de su imaginación, a su querido y amado Martín Frarraga, sentado ahí delante de ella, en primera fila, mirándola, sonriendo, orgulloso de lo que se estaba convirtiendo. Él le dirigió la mirada que tanto adoraba. La joven sonrió y una pequeña lágrima recorrió su rostro. De repente escuchó que el arzobispo situado a su lado izquierdo dijo en

voz alta:

- Les presento a su majestad, la reina Anne.

Los invitados, que ya estaban de pie, hicieron una reverencia, lo mismo hizo el exsenador imaginario, y luego pronunciaron al unísono:

- ¡Dios salve a la Reina!